

LA LIBERTAD DE LA POESÍA

Por Patricia Caicedo

Me siento muy honrada de presentar el nuevo libro de Santiago Montobbio, *La libertad de la poesía*, que es la continuación de un conjunto de libros, algunos de los cuales he tenido el privilegio de presentar. Su obra tiene como común denominador el aspecto autobiográfico —me pregunto: ¿qué escrito no lo es?, pues siempre los escritores estamos, incluso cuando no lo parece, hablando de nosotros mismos—, aunque en el caso de Montobbio es evidente que nos acerca a su cotidianidad.

Leyéndole podemos acompañarle casi día a día, recorriendo paisajes —interiores y exteriores—, emociones y percepciones; y, al hacerlo, reconocemos los lugares, las estaciones, las sensaciones que el poeta nos ofrece. Sentimos cómo el tiempo cambia, cómo las estaciones transforman también las emociones y los sentimientos. A través de sus páginas entramos en su universo directamente, sin preámbulos, y descubrimos su relación con la naturaleza, cómo él se refleja en el entorno y cómo nos invita a reflejarnos también.

La poesía y la libertad, la poesía y el canto, se convierten en el *leitmotiv* de este libro y de algunos otros, revelando las preocupaciones del autor, su sensibilidad y la lente con que observa el mundo.

Montobbio es un autor con una vida interior muy rica, con una necesidad profunda de expresión y de comunicación; un autor que vive a través de la poesía: una poesía que lo libera, que lo sana, que da sentido a su existencia. A través de las palabras el autor existe. A través de las palabras el autor vive. A través de las palabras el autor es.

El autor se reconoce, se construye y se reconstruye en las palabras, en la palabra poética; o mejor dicho, en la prosa poética, porque no es poesía en el sentido estricto: es prosa poética. Una prosa que, al estilo de un diario, de un cuaderno de notas, acerca al lector de una manera cercana, accesible, cotidiana y, al mismo tiempo, profunda, con una mirada sensible a la realidad.

El lector se siente identificado con el poeta porque escribe de una manera cercana, expresando lo que todos hemos sentido alguna vez, pero que no sabemos poner en palabras.

La palabra surge entonces como una necesidad vital, inevitable para el poeta: razón de existir, fuente de sentido. Así es como Santiago Montobbio se revela en sus diarios de prosa poética.

Tal como lo reclama el título, la poesía es libertad. En ella, la palabra, liberada del corsé de la gramática y de las estructuras convencionales, adquiere la posibilidad de existir de formas que no encontramos en la vida cotidiana.

La libertad de la poesía permite a la palabra escapar de los condicionamientos sociales y de las obligaciones. Abre un espacio para que la palabra explore lo absurdo, lo onírico y lo inesperado. Y, al igual que en los sueños, en la poesía la palabra se libera de las restricciones de la lógica y de la realidad, volando por los rincones de la imaginación.

Como en los sueños, en la poesía se condensan múltiples ideas e imágenes, se intercambian los significados, se trascienden los sentidos emocionales, convirtiéndose en escenas vívidas y simbólicas. Y así, liberada, transfigurada, la palabra poética puede expresar lo profundo, lo oculto, lo íntimo: los deseos convertidos en símbolos. La poesía nos transporta a lugares anhelados donde todo se puede alcanzar, expresar y sanar.

En la poesía tenemos alas que nos permiten volar hacia universos que la realidad nos prohíbe o nos limita. En la poesía podemos ser todo lo que deseamos ser. Podemos expresar aquello que la realidad nos niega. La poesía nos permite transgredir los órdenes sociales, alzar la voz contra la injusticia, acercarnos al ser ideal, al que queremos ser y que no nos atrevemos o no podemos alcanzar.

Y sí, la poesía tiene alas. La poesía es libertad. Como me dijo la poeta colombiana Dora Castellanos en su casa de Bogotá, en una historia que compartí con Santiago y que felizmente incluye en este libro:

«Los poemas son como mariposas. Vuelan, se van lejos, pegados al mástil de un barco, llegan a lugares lejanos, se esparcen, se acercan, susurran al oído ideas impensables o la posibilidad de ser, o alientan, dan fuerza, dan vida.»

La poesía es ese espacio donde lo imposible se convierte en posible, donde la palabra vuela libre y se transforma, donde los sueños, los anhelos y las luchas encuentran voz y forma.

La poesía es, a la vez, libertad y camino hacia la libertad. La poesía simplemente permite: permite reorganizar, permite transgredir. Es el espacio donde la palabra se libera de los límites y donde la existencia se reinventa.

En el poema *Verso suelto entre sueños* leemos:

«La noche es el verano, la herida que cura el verano, verso suelto entre sueños, la herida que cura el verano, y el mar por la mañana en la mirada, empieza a vivir, así lo sientes, puede curarse una herida, la herida del mismo vivir que llevas, puede ayudar el verano.»

La poesía, en toda su libertad, se presenta como un bálsamo que cura, que alivia. Aquí el verano no es solo estación: es símbolo de posibilidad, de sanación.

Otro poema dice:

«La libertad de cantar, la esperanza de cantar, el dolor de cantar, el silencio de cantar, adentro, como una noche, y el aire libre, en él, por primera vez, hallado.»

Este poema nos invita a pensar en la relación entre libertad, poesía y canto. A través del canto, la palabra se libera doblemente: en el canto y en la poesía misma.

Y aún nos dice Montobbio:

«Sí, los poemas están abiertos para que entres, para que salgas por ellos y seas libre en su encierro, porque también son un encierro, un misterio, un lenguaje cifrado que no termina en su enigma, lo sabemos. Pero están abiertos para eso, siguen abiertos para ti, para todos, para el tiempo herido.»

Aquí la poesía se muestra como paradoja: apertura y encierro al mismo tiempo; espacio de libertad y de misterio; un lenguaje que no se agota porque su enigma permanece.

En estos momentos en los que el mundo sufre —por el totalitarismo, por la reducción de libertades, por las guerras que arrasan y destruyen, como en Palestina, donde mueren de hambre y violencia miles de inocentes, y por tantas otras guerras, sufrimientos, inequidades e injusticias— la poesía es refugio, es resistencia, es salvación.

La poesía representa un verdadero espacio de libertad, no exterior, sino íntima, personal. Un espacio en el que me identifico conmigo mismo y, al identificarme, me conecto con el otro. Nos lleva de lo más personal y secreto a lo que se convierte en común, en clamor de comunidad. Así, la poesía que canta el dolor y busca la libertad es, al mismo tiempo, voz individual y voz colectiva.

Otro poema de Montobbio dice:

«El verde, el verde, el verde por venir, lo abierto por venir, el poema por nacer, por darse y por volver a ser, el poema que espera adentro de lo abierto para cumplirlo y hacerlo más abierto aún, para ser la semilla, horizonte, tierra fértil, raíz del canto, tiempo siempre mañana, poemas abiertos, los poemas verdaderos, si lo son, poemas abiertos, así permanecen y así son, adentro y hasta lo alto del amor infinito, de él pleno, de él nacido, y por él también abierto.»

«Nubes preciosas, extrañas, las veo desde el balcón, y pienso, siento, que la vida son esas nubes, y el hombre y su realidad, y sus sueños en ellas. La posibilidad de que sean, de que se den, de nuevo, como el poema.»

Estas palabras refuerzan esa sensación de lo que el canto y la poesía representan: aire libre, don, ancla, posibilidad de resistencia y de vida. La poesía y el canto nos acompañan, nos dan aire para todos y para uno mismo, nos conectan con la tierra y el cielo, con el instante y con la eternidad. Son fuente de esperanza, tabla de salvación.

Así es *La libertad de la poesía*, así es la obra de Santiago Montobbio: un espacio abierto para todos, un refugio en el que la palabra se vuelve semilla, canto, resistencia y esperanza.

Y es que esta palabra —la palabra de la poesía de este libro— es una palabra en el sentido más puro y profundo, como nos recuerda la filosofía budista, que nos enseña que pensamiento, palabra y acción tienen el mismo valor y que debemos ser igualmente conscientes y cuidadosos con los tres. Esta es una palabra libre, sí; transgresora, sí; pero que no destruye: construye. Una palabra que invita a la reflexión, que cura, que despierta lo mejor de nosotros, que es acto positivo, palabra que siembra.

Los invito a leer este libro, a dejarse llevar por sus páginas como quien se adentra en un territorio íntimo y, al mismo tiempo, universal. A recorrer con el poeta los caminos del día y de la noche, los paisajes interiores y exteriores, las heridas y las curaciones.

Que cada uno encuentre en *La libertad de la poesía* un lugar donde ser, donde soñar, donde resistir y donde, sobre todo, sentir que las palabras, como mariposas, nos acompañan, nos rozan, nos transforman.

Patricia Caicedo

Barcelona, 17 junio, 2025